

y bosquejado la rápida y sucesiva estadística de los derechos de que han disfrutado hasta el presente las mugeres, discutiendo el origen, la naturaleza y la realidad de estos derechos y las infracciones que han padecido; y todo esto acompañado de una reseña sobre el aspecto general que presentaban las mugeres cuando apareció la Revolución.

INTRODUCCION.

LA mayoría de las mugeres tomó parte espontánea y activa en la revolución de 89, ó bien vió pasar aquel grandioso cambio político sin que les ocurriera mezclarse en sus espantosas vicisitudes y sin ser arrastradas en sus inevitables tormentas? Al recorrer los varios narradores del magnífico parto de aquella epopeya popular, diríase que ninguna intervención tuvieron en ella las mugeres. Como si fuese dable que en Francia suceda algo sin ellas! No aparecen ni como actrices esenciales, ni como agentes secundarios ó indirectos. En una palabra, quedan casi enteramente borradas de aquel fecundo episodio, y si en algun punto se presentan, es cual accesorios accidentales ó cual víctimas heroicas y pasivas. No obstante, mucho distan de haber permanecido insensibles á las primeras emociones de libertad, ni sordas al llamamiento de emancipacion popular; distan mucho de haber sido las últimas en participar del abundoso botin de soberanía con que se sació el pueblo, ébrio de conquistas y rotos los lazos que le sujetáran.

Ya prestarán el oído á los acentos varoniles y republicanos del elocuente precursor de aquel drama grandioso; á la voz del filósofo ya reconquistáran la mas bella é interesante prerogativa de su sexo, la de criar á sus hijos, que fué para las mugeres una revolución y como una nueva era que debía

emanciparlas de ese círculo de ideas frívolas y de esa lastimosa inutilidad en que estaban conformadas. El movimiento fué general. «Dó quier que dirija los pasos, dice el observador Mercier (cap. 96 del *Nouveau Tableau de Paris*), dó quier encuentro niños en los brazos de las mugeres. No hay prado, plaza ni paseo que no ofrezca alguno de esos grupos encantadores. La maternidad es ya para las francesas un objeto de satisfaccion: todas crian, y todas se honran de ser madres.»

Rápidamente inspiradas y dominadas por la llama del genio que mas las cautivaba, halláronse las mugeres tal vez mejor dispuestas para identificarse con los mil esluvios revolucionarios con que se cargó la atmósfera, y para reflejarlos á su alrededor.

Un escritor que conocia la corte nos suministrará ante todo algunas observaciones acerca el espíritu general que allí manifestáran. El vizconde de Segur no repara en asegurar que en aquella elevada region gozaban ellas de un imperio casi absoluto. Maria Antonieta y la duquesa de Polignac lo llevaban todo. ¿Y quien lo creyera? la reina fué la primera que manifestó tendencias populares, desterrando la etiqueta y apasionándose por el proyecto de convocacion de los notables que propuso Calonne, cuyas prendas exteriores y talento seductor reunian por otra parte en sumo grado *lo que era menester para llegar al favor por medio de las mugeres*. Empero el plan que habia formado pareció tan á propósito para abrir ancho campo á los innovadores, y las prerogativas reales se veian diariamente amenazadas de tan peligrosa usurpacion, que la reina retrocedió ante su propia obra, y principió á contrariar el progreso con el mismo ardor con que antes lo habia favorecido. El cardenal de Lomenie que se jactaba de poderlo comprimir con la fuerza y las medidas violentas, logró por medio del nuevo partido que *la reina habia fomentado*, suplantar á Calonne. *Era digna de verse la lucha de estos dos rivales, sostenidos cada uno de por sí por un ejército de mugeres*. Pero el cardenal no tenia suficiente vigor para poner dique á la oleada invasora y al soplo popular que luego hinchó las velas de un tercer ministro, mas liberal que todos los demas, y á

cuyo favor *tocaron mas resortes* las mugeres (Mr. Necker).

Finalmente, el partido mas temible que sostuvieron las mugeres, añade el mismo escritor, fué el de los innovadores. «*Sin tener héroe á quien entronizar, deseaban á todo trance derribar lo existente, y así vinieron á ser los agentes mas rápidos de la propaganda revolucionaria. Era cosa de ver como jugueteaban con los sucesos mas graves. Al paso que las unas ayudaban á promover las borrascas políticas, reíanse las otras de los síntomas mas inminentes de anarquía. Su jovialidad y sus dichos mordaces cobraron gran prestigio en la opinion, é hicieron de moda las nuevas ideas; en términos que para granjearse su aprecio todos rivalizaban en hacer muestra de ellas.* (*Les Femmes*, tomo III, pág. 4 y sig.)

En todos los salones (1), aun en los de la clase media, saludaron las señoras con unánime entusiasmo el regreso de Lafayette, y le coronaron como á uno de los libertadores de la independenciamericana. (*Véanse las Memorias de Brissot*,

(1) En los *Anales románticos* de 1825 se halla un cuadro muy animado de los salones de una dama que no se nombra, aunque se adivina... Allí iba Mirabeau cada semana á leer las arengas que suponía le enviaba Demóstenes. Cabanis le contemplaba con aire inquieto, cual si hubiese estado escuchando el postrer cantar de un moribundo; confundido entre la muchedumbre, joven y con la vista resplandeciente de gozo, oía Vergniaud con éstasis religioso aquella voz elocuente de la que habia dere mediar algunos acentos en la tribuna de la Convenciuou, aplaudia Valazé con todo el candor de un muchacho los varios elogios de esa libertad de que se sospechaba habia él de ser mártir un día; el impaciente Isnard se sentaba, se levantaba, volvía á sentarse, se quejaba de la lentitud de la asamblea constituyente, y pronosticaba lo futuro; engolfado en la sublimidad de la geometria, Condorcet creaba cálculos en vez de vanas palabras, y con gusto hubiera desterrado á Homero de su república... Robespierre, peinado siempre con esmero, lleno de aderezos y esencias, se escuchaba con satisfaccion, y acompasaba su lenguaje cual improvisador italiano. Danton con la vista huraña, la voz ronca y el pelo desgrefñado, solo soltaba palabras sangrientas de sus labios ajados por la corrupcion... Cuando las luces solo despedian una claridad siniestra, veíamos deslizarse por entre la sombra un espectro vestido de negro, encorbado, amortiguados los ojos, arrugada la frente, y el pecho desnudo y descarnado. Echaba al pasar oblicuas miradas, inclinando su cabeza calva delante de madama*** é iba á colocarse entre Danton y Robespierre. Si entreabria la boca para sonreirse con ellos, los que mas lejos conversaban se decian en voz baja: «Sin duda se trata de sangre cuando se rie Marat.» Él era el que acababa de llegar.

tomo III, pág. 27.) Y si las inglesas se habian adornado con vestidos á lo *Duncan* y cintas del príncipe de Orange, las francesas llevaban tocas á la *d'Estaing*, á la *Lafayette* y hasta á la cuenta y razon (*compte-rendu*) (*Cartas de María Williams*, tomo III, pág. 45.)

La tertulia de madama Necker se aumentaba diariamente con todo lo mas ilustre de filósofos y demócratas. Sabida es la influencia que ejerció sobre el espíritu y los trabajos de su marido, y en consecuencia sobre los primeros sucesos de la revolucion. Por esto los folletos de aquella época llamaban á Necker el Hermafrodita. (*Alfabeto de la corte*, pág. 15). Madama Helvetius se complacía en reunir en su casa de Auteuil, donde hallaba tanta felicidad en tres fanegas de tierra, personajes famosos en ideas progresivas, particularmente á Cabanis, y á Franklin, cuyo ingenio arrancaba el rayo á los dioses y el cetro á los tiranos.

Madama de Genlis recibia á Barrére, Pethion, Brissot y Camilo Desmoulins, y lo mucho que se esfuerza para disimularlo en la *Relacion de su conducta despues de la revolucion* prueban mucho mejor sus antiguas simpatías que las relaciones que tuvo con estos osados innovadores.

La hermosa á la par que instruida marquesa de Condorcet convidaba á sus célebres reuniones á los hombres que habian abrazado con mas ardor las nuevas verdades, cuyo resplandor acababa de sorprender al siglo. ¿Como no habian de entusiasmar defendidas por tan linda boca? ¡A la verdad era pasar bien el tiempo el tratar de un porvenir reparador cuya aurora despuntaba, segun la espresion de un elocuente magistrado, por entre las miserias amontonadas en tantos siglos de opresion y servidumbre! ¡Cuál debia latir el corazon é inflamarse la imaginacion á los grandes nombres de *ciudadano*, *patria* y *libertad*, que sacudiendo el polvo de dos mil años parecian salir, jóvenes todavía, de las antiguas ruinas de Grecia y de Roma! (*Discurso del procurador general de Ruan*, 1839).

En sociedad menos elevada, madama Simon Candeille, autora de *la Belle Fermière*, atraia á su retrete de artista á republicanos ya conocidos, entre quienes sobresalian Champenetz y Vergniaud.

Pero el foco mas ardiente de republicanismo se encendió en los salones de la célebre madama Roland. A aquella llama iban á abrasarse los mas fervientes y sublimes adeptos de la Gironda; y á aquella escuela debían los generosos preceptos de libertad y la serenidad de alma que casi los deificó cuando fué preciso morir por la sombra de aquella misma divinidad que incensáran. ¡La misma madama Roland, sacerdotisa y mártir, tambien pereció cual ellos! Pero en aquel terrible instante, un vivo destello de luz iluminó al parecer su magnífica cabellera y su frente graciosa y serena, para que se reflejara en los siglos venideros!

No se contentaron las mugeres con aquella influencia de tertulias y salones, y pronto se les presentó ocasion para hacer sacrificios de personas, de talentos y, lo que es mas, de aderezos! En setiembre de 1789 enviaron una diputacion á la asamblea constituyente para ofrecer á la patria sus diamantes y alhajas mas preciosas, á título de contribucion voluntaria destinada al pago de la deuda pública, cuya enormidad era una de las llagas que mas aquejaban al estado. Aunque se habia decretado que durante las sesiones no se recibirian ya diputaciones particulares, no obstante ellas fueron esceptuadas, con lo que aquellas dignas patricias disfrutaron del honorífico privilegio que solo se concedia á las cortes soberanas. Fueron introducidas, y se presentaron en número diez y nueve, vestidas de blanco, con la escarapela nacional en el pecho. Una de ellas, joven y hermosa, presenta una arquilla, que recibe M. de Montmorency en calidad de secretario; y madama Moitte, encargada de llevar la palabra en nombre de las demas, se espresa en estos términos: «Señores, la regeneracion del Estado será obra de los representantes de la nacion: su desempeño debe serlo de todos los buenos ciudadanos. Cuando las romanas ofrecieron sus joyas al senado, fué con la mira de procurarle el oro sin el cual no podia cumplir el voto que Camilo hizo á Apolo antes de la toma de Veies. Las obligaciones contraidas con los acreedores del Estado son tan sagradas como un voto; la deuda pública debe satisfacerse escrupulosamente, pero con medios que no sean onerosos al pueblo. Con esta mira algunas ciudadanas, esposas ó hijas de

artistas, vienen á ofrecer á la augusta asamblea nacional unas joyas que llevarán con bochorno cuando el patriotismo les ordena sacrificarlas. ¿Y qué muger habrá que no prefiera la imponderable satisfacción de emplearlas tan noblemente al triste gusto de saciar su vanidad? Nuestra ofrenda es á la verdad de poco valor, porque en las artes mas se ambiciona la gloria que la fortuna; pero es proporcionada á nuestros medios y al sentimiento que nos la inspira. ¡Ojalá sigan nuestro ejemplo los muchos ciudadanos y ciudadanas cuyas facultades escenden sobremanera á las nuestras! Así será, señores, si os dignais acogerla bondadosamente, y si facilitais á todos los buenos patriotas los medios de ofrecer contribuciones voluntarias estableciendo en el acto una caja destinada únicamente á recibir todas las dádivas en halajas ó especies para formar un fondo que exclusivamente se consagre al pago de la deuda pública. » (Véanse *les Femmes Célèbres de la Revolution*, por Dubroca, pág. 321 y siguientes.)

El presidente M. Bouche pronuncia un discurso en contestacion, y la diputacion femenil obtiene los honores de la sesion. La asamblea decreta que los nombres de estas *Cornelias modernas* sean inscritos en sus archivos (1). (*Révolution de Paris*, n.º 9, pág. 20, y *Recueil des actions héroïques*, por Leonardo Bourdon, n. 3, pág. 33.)

No cabe duda que las mugeres impulsaron con sus talentos la marcha de las ideas. Madama Roland animaba con la magia de su estilo la monotonía y aridez del de su marido. La famosa carta al rey, de 10 de junio de 1792, en que se daban tan fuertes lecciones á Luis XVI, es enteramente suya; ella preparó con su osadía los grandes acontecimientos de 21 de junio y de 10 de agosto; fué causa de que Roland volviese al ministerio, así como habia ocasionado su salida. Oficio, discurso, misiva, todo lo redactaba madama Roland con admirable maestría; y en los archivos existe mas de un acta diplomática escrita enteramente de su pluma.

(1) Estos nombres son: Viex, Moitte, Lagrenée menor, Suvée, Bertuer, Duvivier, Fragonard, Vestrer mayor, Peson, David, Verner menor, Denarteaux, Beauvalet, Cornedecerf, Vestier menor, Gerard, Pithou, Vieville y Hotemps, que por cierto bien merecen pasar á la posteridad.

M. Necker, en el prefacio que ha dado á luz de las obras de su muger, manifiesta muchas veces que en el curso de su carrera administrativa halló grandes recursos en aquel talento esquisito, que consultaban los Thomas, los Diderot y los Buffon. (Véase *Mélanges* extractados de los manuscritos de madama Necker.)

En aquel tiempo, encerrada en oscuro retrete y para confundir á los que niegan á las mugeres la profundidad de talento y elevacion de pensamientos, remontábase una de ellas á la altura de los Mably y Montesquieu, sin que la arredrara, inflamada probablemente por el grande espectáculo que tenia á la vista, el proclamarse historiadora de las leyes políticas de su patria. Hablamos de la señorita de la Lezardiére, portento de erudicion, que desdeñando los placeres propios de su sexo y edad, se dedicó al estudio de antiguas cédulas y góticos diplomas, se familiarizó con las fórmulas de Marculfo y los Capitulares de Balucio, y compuso un precioso libro cuyos textos originales son como la voz de los monumentos, á quienes supo inspirar el hablar. En su obra pone en pugna el espíritu de libertad que importáran los francos en las Galias, con el despotismo imperial de los romanos, y hace sucumbir á este último bajo los infatigables esfuerzos de aquel pueblo independiente. Por este medio poderoso se proponia recordar á los descendientes de los francos la libertad original que ya era tiempo recobraran despues de tantos siglos que se la habian dejado arrebatar.

En los teatros, muchas mugeres autoras, como las señoras Villeneuve, Monnet, Olimpia de Gouges, etc., hacian representar piezas que respiraban libertad y en las que sugerian al pueblo el entusiasmo revolucionario, tales como los *Crímenes de la Nobleza*, los *Montañeses*, la *Sombra de Mirabeau*, en los *Campos Elíseos*, etc.

En la tribuna hacian muestra de elocuencia. Mr. Charles Nodier asegura que la propia Olimpia de Gouges que acabamos de citar le admiró mas de una vez por la energía de sus improvisaciones y la fecundidad de su imaginacion; (*Diccionario de Conversacion*, artículo *Femme (Muger)*) añadiendo Desessarts que la misma rivalizaba con los mas célebres oradores. (Véase *Procès fameux*.)

Las esquinas estaban entapizadas y llenas las mesas de los gabinetes de lectura, de folletos, opúsculos políticos y pasquines satíricos, que llamaban la atención por las firmas de mugeres que llevaban, y mas aun por los agudos y originales pensamientos que contenian. Aun hay mas, á imitacion de los clubs mas célebres de la capital, se formaron otros de mugeres, tal vez mas ruidosos y furibundos que todos aquellos, que inflamaban dó quier la opinion de la muchedumbre que á ellos acudia.

¿Quereis verlas en accion? Impacientes de la lentitud de la Revolucion (ya se habian pasado tres meses desde que la desaparicion de las grandes sombras de la Bastilla dejaba el trono como desierto, sin que por esto nada se hubiese adelantado, y sin que el rey hubiese podido resolverse á sancionar la memorable declaracion que restituia al género humano sus títulos mas preciosos y proclamaba su solemne inagenabilidad), impacientes, decimos, se levantan en masa; y ellas han de ser las que, saltando de un brinco la morada de los reyes, barán cesar por fin las irresoluciones de un monarca cuya debilidad está alucinada por las exigencias de una corte de miras apocadas, que disputa á palmos los absurdos privilegios con que se cree la ha dotado naturaleza. Aun mas, ellas arrebatarán al rey de entre las manos de esa pérvida corte, y le conducirán á Paris en medio de su pueblo; circunstancias de la mayor trascendencia, porque con ellas ya la revolucion marchaba por sí sola. Una vez allanado al pueblo el camino del trono, no podia ya hacerse esperar el dia 10 de agosto; se trataba nada menos que de invadir el mismo trono. Las mugeres fueron tambien las que dieron el impulso. Nada resistia á la terrible Audu, apellidada *la reina de los Mercados*, ni á la belicosa *Rosa Lambe*, ni á la fogosa *Lavarenne*, etc. Siempre las mugeres se dirigian al objeto principal. Logrado esta vez, ya no habia remedio para la monarquía.

En el aniversario del 14 de julio habian jurado los franceses ser libres, y quisieron tambien jurar ser hermanos. Erigióse á la patria un vasto altar en el Campo de Marte, donde debia prestarse el juramento de fraternidad en nombre de toda la Francia. Pero acercábase el dia, y los trabajos esta-

ban atrasados, sin que bastasen doce mil operarios. ¿Dejará de tener efecto aquella fiesta importante? No, que no harán falta las mugeres: acuden en gran número, arrastrando tras sí todas las clases de la poblacion, y animándolas con el ardor que las inflama. Todas ponen manos á la obra. La muger de la plebe tira el carreton que ha llenado la elegante: la cocinera se unce al carromato con la corista del teatro; el grñon de la benedictina revolotea junto al chal de la cortesana: todo se mezcla y confunde; una sola idea llena todos los corazones: el amor de la patria, ante la cual todo se olvida. No se ha visto cuadro mas pintoresco que el que presentaban los millares de vestidos blancos de muger, ligados con cintas de los colores nacionales, hormigueando por entre las masas de trabajadores. Véense llegar de todas partes, con el azadon ó la pala al hombro, niños, viejos, togados, eclesiásticos, cómicos, Cien-Suizos, caballeros de San-Luis, faquines y factores: todo Paris toma parte en ello, acábanse los trabajos entre risas y joviales cantares, y, gracias á las mugeres, pudo celebrarse la fiesta de la Federacion, la mas suntuosa quizás de cuantas recuerdan los fastos de la historia.

Empero, particularmente en el ejército, el mas admirable que jamas haya producido el entusiasmo republicano, brillaba con toda pureza la llama ardiente á cuya luz aparece la patria cual ídolo adorado, y este fuego sublime atizado por la gloria, fué tambien á resplandecer en el pecho de las mugeres. En los Pirineos, hácia el mes de brumario del año II, la famosa libertad Barreau, tan célebre en aquella época y ahora tan poco conocida, vuela cual nueva Gildipe al lado de su esposo y de su hermano en el ataque de un reducto español. Cae el primero atravesado el pecho de una bala, y muere el segundo herido de un casco de granada. Brotan algunas lágrimas de los ojos de la heroína; pero siéntese impelida por su ardor á precipitarse sobre los atrincheramientos enemigos. Acabados sus cartuchos, apodérase de la canana de un soldado catalan, que derriba á sus pies. Todo cede á su valor, y gánase la fortaleza al grito mil veces repetido de ¡victoria! Entonces ya no le queda aliento sino para su marido; vuelve hácia él, venda su herida, estréchale en sus brazos, ayuda á

sus compañeros de armas á llevarle á la ambulancia, y le asiste con todo el afan de la ternura conyugal. (*Recueil des actions héroïques des republicains francais*, por Leonardo Bourdon, n.º 1, pág. 43.)

En Saint-Mithier entró triunfante el enemigo. La primera casa que se presenta es la de una muger jóven, rodeada de sus hijos, sentada tranquilamente en la tienda sobre un barril de pólvora, con una pistola en cada mano; y está dispuesta á pegarle fuego, y volarse á sí, á su familia y la casa con las tropas enemigas de que está llena, si se acercan mas á ella. Su heróico y resuelto continente les impuso de tal modo, que respetaron su asilo. (*Idem*, núm. 3, pág. 43.)

Un jóven militar, de mediana estatura, puesto el morrion, con la mochila á la espalda y el fusil al hombro, se presenta ante los representantes del pueblo, pidiendo su licencia, que le es negada. Mas, ¡oh sorpresa! sábase que es una muger, llamada Rosa Bouillon, que con el objeto de unirse á su esposo habia logrado ocultar su sexo y ser admitida en calidad de voluntario, y que sirvió con distincion, por espacio de seis meses, habiéndose distinguido particularmente en la batalla de Limbach, donde, á pesar de haber caido su marido á su lado, pasado de tres balas, continuó batiéndose valerosamente hasta el fin de la accion. «Si pido la licencia, decia, es para ir á dar á mis hijos los desvelos que les debo como madre, despues de haber desempeñado, en cuanto de mí ha dependido, los deberes que tenia para con mi marido y con mi patria.» Hízose justicia á su fundada peticion; diósele lo necesario para el viage, y la Convencion le otorgó una pension de trescientos francos para ella, y otra de cincuenta para cada uno de sus hijos. (*Idem*, núm. 5, pág. 9 y siguientes.)

Genoveva Delaruelle, hija de un labrador, viendo que salian sus compañeras con provisiones para un mercado vecino, y hallándose muy pobre para imitarlos, carga con cinco balas de cañon que su padre guardaba muchos años habia como un trofeo de su valor, y á pesar de su enorme peso las lleva alegremente, cantando el himno de los Marselleses. Introducida en la sala de sesiones de la administracion, dice:

«Yo tambien traigo provisiones, pero estas han de servir para los ingleses.» (*Idem*, núm. 4, pág. 23.)

En Mortagne, las señoritas Fernio, Felicidad, de edad de diez y seis años, y Teofila de trece, fueron la gloria de su sexo. Casi á las puertas de la casa de su padre se dispararon los primeros tiros cuando rompieron las hostilidades las tropas austriacas. Mr. Fernig se puso al frente de la milicia nacional, única fuerza que á la sazón defendia la frontera. Temerosas por su vida, vístense de hombre sus tiernas hijas, agrúpanse en un peloton, marchan hácia el enemigo y hacen prodigios de valor. Pronto fué conocido su disfraz, y entonces su arrojo hizo redoblar el de los demas, queriendo todos rivalizar en su presencia. Noticiosos los austriacos de lo que motivaba aquella resistencia que hasta entonces no habian experimentado, y resueltos á superarla, se preparan á pegar fuego al lugar; pero la llegada del general Beurnonville produce una diversion, el enemigo es rechazado, y las dos heroínas le persiguen hasta su territorio. La Convencion les regaló en recompensa de su valor dos caballos enjaezados. No terminó aquí la carrera que con tanto lustre habian principiado. Cuando Dumouriez fué á tomar el mando del ejército francés en Bélgica, conociendo el partido que podria sacar del entusiasmo que ellas inspirarian, les dió encargos de oficiales de estado mayor, para que le siguiesen en todas las operaciones militares que tenia proyectadas: así es que pelearon en Valmy, en el ataque del lugar de Carregnon, en Anderlech, al frente de Bruselas, en la batalla de Nerwinde y en Jemmapes, donde Teofila, la mas jóven, se arrojó con algunos cazadores de á caballo sobre un batallon húngaro, cogió con la mano al que parecia el mas colosal, le desarmó y le condujo al general en gefe, mientras que su hermana acompañaba al duque de Chartres, secundándole en sus valerosos esfuerzos. Ambas se hallaron en los puestos mas arriesgados en las principales batallas que tuvieron lugar despues del 5 de abril de 1793, y dó quier se distinguieron con acciones brillantes que hubieran ilustrado á guerreros veteranos. Dumouriez se grangeó su afecto tanto por el sentimiento del reconocimiento, como por el de la admiracion que les inspiraba;

por esto no se separaron de él hasta que pasó á pais extranjero, queriendo escoltarle hasta tanto que estuviese en seguridad. Hacia el vado de Boncaulde, viendo la hermana mayor que á Dumouriez le habian muerto el caballo, lo mismo que á Teofila, echó pie á tierra, hizo subir al general en el suyo, y las dos al momento de despedirse vaciaron sus bolsillos en el suyo, que solo contenia unos pocos luises.

En todas partes habia penetrado la chispa eléctrica. Las mugeres de los Pirineos enviaron á la asamblea nacional una solicitud en que suplicaban se les concediese la gracia de ser incorporadas en la milicia nacional. En Normant, madama Moulin, rica y noble, enarbó el estandarte tricolor en ausencia del comandante, ciñó el sable y se puso al frente de los soldados, antes vasallos suyos, á quienes dió una magnífica fiesta. (*Feuille Villageoise*, tom. II, pág. 165 y 188.) En las Ardenas y en la Vendea, las mugeres Pochelat y Magdalena Petit-Jean (esta última madre de diez y siete hijos) se alistaron en calidad de artilleros. Rosa Marchand, á la edad de diez y ocho años, y Elisa Quatre-Sous, á la de diez y seis, ya habian hecho varias campañas en los ejércitos republicanos. Claudina Rouget, igualmente muy jóven, se alistó voluntariamente. Todas manifestaron un valor incompatible con su sexo, todas obtuvieron elogios y pensiones de la convencion nacional.

En las interesantes y harto poco conocidas Anécdotas de la Revolucion, tom. II, pág. 66, se lee que las señoras d'Aulnoy, en Poitú, se confederaron, y bajo el título de *Amazonas nacionales*, prestaron el juramento cívico al pie de los altares.

Cítase ademas como prueba de su valentía en la *Historia de los tribunales revolucionarios*, tom. I, pág. 130, á la húsara Barrière, hermana de Lescure, y esposa del general Xaintrailles, á quien salvó la vida en un combate naval. Todos saben el heroismo de las mugeres de Lila, que participaron del peligro con sus maridos é hijos durante el sitio de esta plaza.

El hecho siguiente dará una idea de la importancia con que miraban los mismos extranjeros la cooperacion de las mugeres,

y aun su simple opinion en asuntos políticos. Despues de la capitulacion de Corfú, hablábase en una reunion en que se hallaba una señora francesa de los asuntos de la república. El almirante Uschakof manifestó que los rusos no tardarian en conquistar la Francia y ponerle otra vez un rey; y preguntó á aquella señora si no prefiriera un rey y una corte á una república. No pudo menos de quedar sorprendido al oir su negativa, porque siempre habia estado en la persuasion que no habia en Francia muger alguna republicana, añadiendo *que esta era una de las circunstancias con que mas habia contado*. «Desengáñese Vd., le dijo la señora: en Francia ya no quedan mas que algunas viejas aristócratas de quienes nadie hace caso.—Si es así, contestó el almirante, que las mugeres sean republicanas, jamás venceremos á los franceses.»

Avergonzarse debieran pues los historiadores de haber desconocido el valor de las mugeres y de no haberse casi dignado ocuparse de ellas. Este injusto descuido tratamos nosotros de reparar; queremos romper este injurioso silencio; queremos por fin levantar la parte del velo que las cubre para que aparezcan con toda la vivacidad de sus movimientos y la variedad de las pasiones que las han caracterizado. Ciertamente, el que sea apasionado al estudio de las mugeres no puede conocerlas mejor que en los animados anales en que vamos á acechar sus gestos y acciones. Y por otra parte ¿quién pudiera lisongearse de penetrar bien el espíritu de aquellos tiempos maravillosos, y de los móviles que suscitaron ó conjuraron las tempestades, si se obstina en escluir ó descuidar uno de sus mas activos elementos? Nos proponemos, pues, seguir á la muger por entre el grandioso movimiento de 1789, y hacerla asistir á aquella lucha terrible, que tuvo al parecer por objeto producir lo serio de la vida, á que ni siquiera soñaban los franceses.

Atropellada era para las mugeres la transicion del estado de inmoralidad y licencia en que yacia la sociedad como en estancado albañal, y que de la corte habia pasado á la ciudad, á una república tumultuosa, llena de austeras formalidades y de borrascas y catástrofes; pero que al mismo tiempo deja vislumbrar por entre aquella sombría transparencia